

El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la *lectura* selectiva del XX Congreso

*The Communist Party of Spain (PCE), the 1956 turn and the
selective reading of the 20th Congress*

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

Resumen

Las reacciones al XX Congreso soviético por parte de los comunistas españoles estuvieron marcadas por la situación de ilegalidad a la que los sometía la dictadura franquista y por el despliegue casi simultáneo de la Política de Reconciliación Nacional. La lectura española del XX Congreso asumió de forma preferente lo que avalaba esta política (la coexistencia o la vía pacífica al socialismo), y con mayores dificultades lo referente a las críticas a Stalin. No sin cautelas, lentitud y contradicciones, se iniciaba un proceso de autonomía con respeto al modelo soviético que iría cristalizando, por necesidades prácticas, en los años sucesivos.

Palabras clave: XX Congreso, Desestalinización, Reconciliación Nacional, Partido Comunista de España, Informe Secreto.

Abstract

The reactions of the Spanish Communists to the 20th Soviet Congress were marked by the illegal status to which Franco's dictatorship subjected them and by the almost simultaneous emergence of the Policy of National Reconciliation. The Spanish reading of the 20th Congress was prepared to accept what this policy advocated (coexistence or the peaceful road to socialism), and had greater difficulties with the criticisms of Stalin's errors. Not without caution and contradictions, a slow process of autonomy, respectful of the Soviet model, would take shape in the following years.

Key words:- 20th Congress, de-Stalinization, National Reconciliation, Communist Party of Spain, Secret Speech

La primera recepción en España. XX Congreso y Reconciliación Nacional

Podemos señalar al menos dos elementos que condicionan de manera especial y singularizan la recepción del XX Congreso y sus derivaciones por parte de los comunistas españoles: la existencia de una dictadura que convertía al PCE en una organización clandestina y severamente perseguida, y la coincidencia del evento soviético con el «giro táctico» del partido español en 1956, plasmado en la denominada Política de Reconciliación Nacional (RN). Por lo que atañe al primer factor, el PCE era, por entonces, un pequeño partido de apenas unos cuantos miles de militantes, repartidos entre el exilio (Francia, México, Unión Soviética, etc.) y grupos reducidos del interior, a menudo dispersos o ligados entre sí por lazos flexibles, pese a los progresos recientes obtenidos entre sectores de obreros, intelectuales o estudiantes. La represión, aun superados los peores excesos de la postguerra, seguía siendo muy intensa. Ser comunista significaba, en la España de 1956, arriesgarse a todo tipo de represalias, despidos, detenciones, torturas, consejos de guerra (por «rebelión militar») y a veces largos años de cárcel. El número de presos políticos de esta ideología superaba seguramente el millar y todavía en noviembre del mencionado año, aprovechando el impacto de los acontecimientos de Hungría, el régimen conducía ante un pelotón de fusilamiento al militante del partido Ricardo Beneyto.

Sin embargo, algo empezaba a moverse dentro del país. Síntoma de ello eran los conflictos estudiantiles de febrero y luego algunas tímidas huelgas, suficientes en todo caso para despertar la siempre sensible fibra voluntarista de la dirección del PCE y la convicción de que —como aventuraba Santiago Carrillo— «la crisis del fran-

quismo» había quedado «planteada abiertamente en medio de la calle»^[1].

Las propuestas de Reconciliación Nacional, que habían ido madurando en los meses anteriores, bastarían por sí solas para justificar el entusiasmo de la dirección del PCE ante las tesis jruschovianas^[2]. No en vano la coexistencia y la posibilidad de un paso pacífico al socialismo parecían encajar como un guante en una táctica política que proponía poner fin a la dialéctica de guerra civil mantenida por el régimen y sentar las bases de un cambio sin violencia del franquismo a la democracia.

En ese sentido, las primeras manifestaciones de los órganos de expresión comunistas subrayaban precisamente estos aspectos del «nuevo curso» soviético y su coincidencia con los planteamientos que el PCE estaba elaborando. Así sucedía, por ejemplo, en las informaciones de Radio España Independiente (la Pirenaica), la conocida emisora del PCE que, apenas concluido el congreso, aseguraba que las nuevas tesis ayudarían a desvanecer los temores de las fuerzas no comunistas a comprometerse en la lucha por la democracia en España^[3]. Parecidos argumentos pueden encontrarse en la prensa escrita del partido en los meses siguientes, por ejemplo en los semanarios *España*, editado en París, o *España Popular*, que se publicaba en México. Al mismo tiempo, iban apareciendo las primeras referencias al otro asunto fundamental del congreso: las críticas del «culto a la personalidad» y los «errores de Stalin». Tan espi-

1.— Santiago Carrillo, «La lucha del pueblo español contra el franquismo», *Mundo Obrero* (en adelante, *MO*), febrero de 1956.

2.— Véase Francisco Erice, «Los condicionantes del giro táctico del PCE en 1956. El contexto de la Política de Reconciliación Nacional», *Papeles de la FIM*, 24, 2ª época (2006), pp. 129-150.

3.— «Editorial. Un Congreso histórico», Emisiones R.E.I., vol. 120, 25 de febrero de 1956, 1ª emisión, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).



V Congreso del PCE, celebrado en Bucarest en 1954 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

noso tema se abordaría, en estos momentos iniciales, con particular prevención, bien limitándose a recoger escuetamente las formulaciones de los documentos congresuales públicos, bien desmintiendo supuestas «calumnias» sobre el alcance de las censuras a Stalin. Ambos periódicos incorporaron pronto referencias al culto a la personalidad, y *España Popular*, en concreto, se apresuró a rechazar «insidias» de la prensa burguesa como ésta: «En una de estas informaciones tendenciosas se dice que el camarada Jruschov lanzó tremendos cargos contra el camarada Stalin en un discurso pronunciado en el XX Congreso del PCUS»^[4].

Mejor conocedora de los hechos, la Pi-

renaica reconocía pronto la existencia del citado informe, presentado «en una sesión especial», no publicado y «que se está discutiendo ampliamente en las asambleas de comunistas y sin partido en toda la URSS»; del cual —añadía— se tergiversaban interesadamente las críticas, a la vez que se silenciaban los logros mostrados en el congreso. Al mismo tiempo, la emisora utilizaba declaraciones de Togliatti censurando el culto a la personalidad y la ausencia de dirección colectiva, cuestionando algunas tesis de Stalin y a la vez puntualizando que el georgiano había sido, pese a ello, una gran figura que no podía borrarse de la historia. El corolario era que los dirigentes soviéticos habían mostrado su valentía con esta autocritica y que los comunistas no debían dejarse arrastrar por los intentos de descré-

4.- «Aspectos de un gran congreso», *España*, 8 de marzo de 1956. «Los documentos del XX Congreso. La posibilidad de evitar la guerra» y «Una campaña de insidias», *España Popular*, 16 y 23 de marzo de 1956.

dito puestos en marcha por el enemigo^[5].

También *Mundo Obrero*, el periódico oficial del partido, dedicaba parte fundamental de sus números de marzo, abril y mayo-junio a glosar los resultados del histórico cónclave. El primero se iniciaba con el saludo, a toda página, de la secretaria general del PCE al congreso, enfatizando que sus acuerdos ayudaban a los comunistas españoles a superar las «concepciones estrechas y sectarias» y a facilitar el entendimiento con los trabajadores de distintas ideologías y con la «burguesía nacional»; ante el PCE se abrían, según Dolores Ibárruri, nuevas perspectivas, en un momento en que la crisis del franquismo se agudizaba. En esa misma entrega, otro artículo comentaba la «previsión leninista» de la diversidad de vías al socialismo, puntualizando que las nuevas tesis contribuían a disipar el temor albergado por algunos antifranquistas de que el derrocamiento de la dictadura «entraña una especie de Noche de San Bartolomé para los burgueses españoles»^[6].

En abril, *Mundo Obrero* reproducía un artículo de *Pravda* sobre el culto a la personalidad, con acusaciones a Stalin por haberlo potenciado, pero reconociendo a la vez los méritos del dirigente en el proceso de construcción del socialismo. Otro texto, firmado por Dolores, defendía la posibilidad de la vía al socialismo basada en una amplia alianza de fuerzas obreras capaz de atraer a su órbita a sectores de la pequeña burguesía y las clases medias, combinando

la acción parlamentaria con la movilización de masas^[7].

El número siguiente del órgano comunista recogía la valoración del Congreso aprobada por la dirección del PCE que, tras señalar los grandes éxitos del socialismo o la política de paz de la URSS, subrayaba nuevamente la aplicabilidad a España de las resoluciones. Arremetía luego contra el culto a la personalidad como desviación del marxismo-leninismo, por rebajar el papel de la organización partidaria y de las masas, y llamaba a la vigilancia contra tal deformación, a la vez que se preservaba «la unidad ideológica y política de nuestro Partido»^[8].

En definitiva, los cambios del XX Congreso venían a avalar las políticas que el PCE ya había comenzado a desarrollar. Por ello, presentar la RN como mero reflejo de «los nuevos aires que vienen de Moscú» resulta cuando menos simplificador^[9]. Lo cierto es que el «giro táctico» de 1956 se asentaba sobre análisis (fueran o no correctos) y se proyectaba en propuestas plenamente incardinadas en la realidad española, con las heridas de la Guerra civil aún en carne viva, y se había ido gestando con anterioridad al XX Congreso que, en todo caso, permitió y facilitó su despliegue. Los mismos contenidos particulares de la propuesta jruschoviana (dirección colectiva, coexistencia, diversidad de vías —incluido el camino pacífico— al socialismo, etc.) no

5.- «Editorial. En torno a una campaña», «Togliatti sobre el XX Congreso» y «Fragmento de discurso de Togliatti sobre consecuencias negativas del culto a la personalidad», Emisiones R.E.I., vol. 122, 28 de marzo de 1956 (2ª emisión), 21 de marzo de 1956 (3ª emisión), y 30 de marzo de 1956 (3ª emisión), AHPCE.

6.- «Saludo de Dolores Ibárruri al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética» y «Aportaciones teóricas del XX Congreso del P.C.U.S. La posibilidad de utilizar la vía parlamentaria como una de las formas de paso al socialismo», por Víctor Velasco, *MO*, marzo de 1956.

7.- «¿Por qué el culto a la personalidad es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo? (Artículo publicado en *PRAVDA* del 28-3-1956)», y «Reforzar la unidad de las fuerzas que luchan por impedir una nueva guerra», por Dolores Ibárruri, ambos en *MO*, abril de 1956.

8.- «Resolución del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España sobre el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *MO*, mayo-junio de 1956.

9.- Así lo hace, por ejemplo, Víctor Alba, *El Partido Comunista de España. Ensayo de interpretación histórica*, Madrid, Planeta, 1979, p. 297.

resultaban, en sí mismos, estrictamente novedosos en su formulación, ni siquiera en España. A modo de ejemplo, en julio de 1955, Dolores Ibárruri, escribiendo sobre la reconciliación de la URSS con Yugoslavia, recordaba que los procesos de transformación socialista, aunque semejantes en el fondo, podían adoptar formas muy diversas. Meses más tarde, Carrillo defendía la controvertida entrada de España en la ONU como «un triunfo de la política de paz y de coexistencia encabezada por la Unión Soviética». Y podemos remontarnos al menos a 1952, a la «Carta del Comité Central a las organizaciones y militantes del Partido», para encontrar menciones a la «dirección colectiva», el rechazo del «orden y mando» y los llamamientos al «trabajo colectivo»^[10].

Carece, por tanto, de sentido plantearse si este viraje fue consecuencia de la adecuación forzada a la nueva línea consagrada en la URSS; pero sí lo tiene especular sobre si hubiera resultado viable a contrapelo de ella, dados los estrechísimos lazos políticos y psicológico-afectivos, de dependencia y afinidad del PCE respecto al PCUS. Carrillo asegura en sus *Memorias*, pretendiendo resaltar la independencia del PCE, que se les advirtió (sin precisar quién ni cómo) que la expresión «reconciliación nacional» encajaba mal en los escritos de Lenin, pero, al aprobar los españoles las resoluciones del XX Congreso, el aviso no pasó de tal, y personalmente Jruschov, «sin meterse en honduras ideológicas, nos hizo sentir su simpatía»^[11].

Hubo, en todo caso, una primera in-

terferencia del nuevo rumbo soviético en los conflictos internos de la dirección que atravesaba el PCE y que, como es sabido, se desencadenaron desde finales de 1955, con la discrepancia de posturas en torno a la admisión de España en la ONU, por cierto avalada por la URSS. La publicación de un artículo de Carrillo favorable al ingreso, contra la opinión de la mayoría del grupo dirigente, representaba una vulneración evidente de las normas de funcionamiento del partido y ponía en evidencia la fractura entre el sector más joven del *aparato*, que controlaba desde París el trabajo en el interior de España, y el más veterano, que habitualmente residía en la Europa del Este. Para solventar las diferencias, tendría lugar una reunión del Buró Político, que se desarrolló en dos momentos y lugares sucesivos: en Moscú, con ausencia de algunos de sus miembros, en los meses de febrero y marzo de 1956, y en Bucarest, a lo largo de varias semanas de abril y mayo.

En la reunión de Moscú no estaba presente Santiago Carrillo, asumiendo Fernando Claudín la defensa de sus posturas. En un principio, Dolores se manifestó como abanderada de los principios de «dirección colectiva», censurando que la Comisión del Interior que funcionaba en París marginara a algunos dirigentes y fuera incluso conocida, significativamente, como «el aparato de Santiago». A este propósito, recordaba que el XX Congreso «debe servirnos para corregir los métodos viciosos existentes en la dirección del Partido». Por su parte Claudín, devolviendo sutilmente las incriminaciones, subrayaba que también el PCE había practicado el culto a la personalidad y que sin embargo Dolores, a quien se cuidaba de no señalar directamente como culpable, había contribuido poco a su corrección^[12].

10.- «Aproximaciones», por Dolores Ibárruri, *MO*, 15 de julio de 1955. «Sobre la entrada de España en la O.N.U. La política de coexistencia es una ayuda a las fuerzas antifranquistas y de paz», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1956. «Sobre la necesidad de órganos de dirección colectiva», *MO*, 31 de enero de 1953.

11.- F. Erice, «Los condicionantes del giro táctico». S. Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2007, 2ª ed., p. 495.

12.- «Reunión del Buró Político del Partido Comunista de España. Abril-mayo de 1956», Documentos del PCE, AHP-CE. Incluye las actas de las discusiones previas en Moscú.

Claudín ha recordado posteriormente que, a lo largo de las sesiones de Moscú, la posición beligerante de Dolores sufrió una evidente mutación, que él atribuye al conocimiento, por parte de la secretaria general, del Informe Secreto sobre Stalin. El cambio de actitud se confirmaba al reanudarse las discusiones en Bucarest, esta vez con presencia de Carrillo, quien también opinaba que el mencionado Informe dio lugar a reflexiones de Dolores que no se produjeron en los demás dirigentes, quienes lo habrían escuchado «como quien oye llover»^[13].

En la capital rumana, desde luego, todos los participantes se colocaron enfáticamente bajo los auspicios del XX Congreso que, como Carrillo sabía, resultaban muy favorables a sus posiciones. Por ello, planteó de inmediato la necesidad de que el debate rebasara «los marcos más reducidos en que había comenzado a desarrollarse». Incluso un dirigente como Manuel Delicado, que había manifestado en Moscú posturas bien distintas, reconocía que entonces se había discutido «como si el XX Congreso no hubiera tenido lugar». La Resolución del Buró (12 de mayo de 1956) lo hacía constar explícitamente: «En el examen de estos asuntos el Buró Político ha tenido en cuenta las valiosas lecciones que para el movimiento comunista mundial contienen los informes y las resoluciones del XX Congreso del PCUS»^[14].

Sin embargo, más allá de los conflictos en la dirección, el triunfo de la nueva línea política del PCE resultaba avalada por una apropiación *pro domo sua* del XX Congreso por parte de los comunistas españoles. En el mes de junio se publicaba la conocida Declaración «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífi-

ca del problema español», que no mencionaba el citado congreso, aunque sí aludía al «actual clima internacional de coexistencia y colaboración pacífica entre los Estados» como elemento favorecedor de «cambios políticos pacíficos en España», o al carácter mundial del socialismo y su política de paz^[15].

Las revelaciones sobre Stalin: impacto psicológico y consecuencias políticas

El otro gran tema del congreso, más difícil de digerir para la militancia y de explicar para los dirigentes, eran las revelaciones sobre Stalin. A este respecto, casi todos los testimonios referentes a España insisten en la aparente contradicción entre el fuerte impacto psicológico que ocasionaron y sus repercusiones políticas relativamente leves. No sin razón Carrillo aseguraba, por entonces, que el conocimiento de las «faltas» de Stalin «ha causado mucho sentimiento», pero «en general, los camaradas aceptan las explicaciones dadas y comprenden». Asimismo otro dirigente del PCE, Santiago Álvarez, ha subrayado el contraste entre el efecto emocional y el daño político: «El informe de Jruschov y los acontecimientos de Hungría habían producido en el seno de nuestras organizaciones y entre otros grupos de comunistas exiliados, un enorme impacto y una gran inquietud, sin que se produjeran daños irreparables en las filas de nuestro Partido»^[16].

La inevitable impresión psicológica se derivaba de la intensidad con que asumían los militantes actitudes tan arraigadas en la cultura comunista como la adhesión incon-

13.- Fernando Claudín, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Madrid, Planeta, 1983, p. 111. S. Carrillo, *Memorias*, p. 485.

14.- Reunión del Buró Político... abril-mayo de 1956.

15.- Hay muchas ediciones de este documento, algunas de ellas consultables a través de internet.

16.- Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio de 1956, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. Santiago Álvarez, *Memorias V. La larga marcha de una lucha sin cuartel (1954-1972)*, A Coruña, Do Castro, 1994, p. 175.

dicional a la Unión Soviética. La existencia misma de la URSS se percibía como garantía de que transformar el mundo era posible; tal como lo expresaba poéticamente Dolores en el V Congreso del partido (1954), «la Unión Soviética es como el arco iris que anuncia a los oprimidos de la tierra que las tormentas pasan y que también para ellos llegará la bonanza». Esta posición acrítica se completaba con una idealización extrema de la figura de Stalin, cuestión de la que ahorramos, por sabidos, testimonios más pormenorizados. Pero, a la vez, la minimización de los efectos políticos del trauma tenía su base en otro elemento importante de la cultura comunista: la fidelidad al Partido (siempre escrito con mayúsculas), que implicaba, por ende, la identificación con los dirigentes y sus decisiones, y particularmente con sus principales líderes^[17].

Las condiciones en que se produjo la revelación a los militantes del Informe Secreto fueron, evidentemente, muy diversas. La primera en acceder al texto fue Dolores, a quien un funcionario del Comité Central soviético, la misma noche del día 25 de febrero, le leyó el documento sin dejarle copia; Dolores invitó también a Uribe que, al no saber ruso, convocó a Líster. A tenor de lo que luego relataría a Irene Falcón, Pasionaria, «sola y alucinada por las revelaciones», vivió un momento particularmente triste. En sus Memorias, Dolores evoca «la angustia que tal realidad nos produjo», así como la decisión que se imponía de seguir adelante «revisando y corrigiendo errores,

por graves que éstos sean». Pero, además, plantea una reflexión tópica que, como corroboraron los hechos posteriores, no parece haber sido efecto del momento, sino que iría construyéndose y afianzándose gradualmente: «Ante mí aparecía una realidad clara: la política de nuestro partido la teníamos que elaborar y aplicar nosotros mismos, los comunistas españoles, estudiando las experiencias, avances y retrocesos de otros partidos comunistas y movimientos revolucionarios, basándonos en la teoría marxista y, fundamentalmente, aplicándola a las condiciones de nuestro país»^[18].

Cuando Irene, en el otoño de 1956, se convirtiera en secretaria de Dolores, aún la encontró preocupada y algo tensa: «las revelaciones del XX Congreso del PCUS seguramente minaron su corazón, y hacía tiempo que sentía la imposibilidad de seguir ejerciendo plenamente sus funciones de máxima dirigente». En cambio quien no tardaría en sustituirla al frente del partido, Santiago Carrillo, conoció el Informe en la reunión de Bucarest, pero, en su particular camino de Damasco, ha dado mayor importancia a las revelaciones que de su caso le hizo Arthur London, con el que coincidió de vacaciones en Bulgaria en el verano de 1956. Desde entonces —afirma— los aspectos semi-religiosos de sus convicciones comunistas se vinieron a tierra y se hizo el propósito de no volver a creer lo que no viera con sus propios ojos o tocara con sus manos^[19].

Otros cuadros, preferentemente intelec-

17.—Rafael Cruz, «Como Cristo sobre las aguas. la cultura política bolchevique en España», en Antonio Morales Moya (coord.), *Las claves de la España del siglo XX. Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Sociedad Editorial Española Nuevo Milenio, 2001, pp. 187-202. Francisco Erice, «El 'orgullo de ser comunista'. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*, Madrid, FIM / Atrapasueños, 2010, pp. 146-151.

18.— Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 259-260. Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 304. Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria 1939-1977. Me faltaba España*, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 149-150.

19.— I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 313. Santiago Carrillo, *Mañana, España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Madrid, Akal, 1976, pp. 142-143. S. Carrillo, *Memorias*, pp. 497-498.

tuales y residentes en países occidentales, accedieron al documento completo tras su publicación en el diario francés *Le Monde*. Tal le sucedió a Manuel Azcárate, quien recuerda que la difusión del texto constituyó, para los comunistas, una auténtica bomba. Jorge Semprún lo leyó en francés en el domicilio de un camarada en Madrid, creyó en su veracidad y así se lo comunicó a los responsables de la organización clandestina en la ciudad. El diario parisino llegó también a manos de los redactores de la *Pirenaica*. Entre ellos, la primera reacción fue atribuirlo a la propaganda burguesa, pero la fe del carbonero empezaba a vacilar, y pronto se recibió la confirmación de las malas nuevas: «que Stalin hubiese liquidado físicamente a comunistas —señala Mendezona, director de la emisora— era algo incalificable»^[20].

En algún caso, el desvelamiento del «Informe Jruschov» se produjo de manera más o menos colectiva y casi ritualizada. Irene Falcón y otros periodistas españoles entonces en China consiguieron que el texto les fuera leído en la emisora de radio en la que trabajan; las reacciones predominantes fueron de tristeza y de sorpresa, pese a que alguno —al menos la propia Irene— tenía experiencias personales indirectas de la represión estaliniana: «Nos sentíamos enanos, nos mirábamos con interrogación, alguno soplaba mientras otros se echaban hacia atrás, hacia el respaldo de la silla, y un tercero caía sobre la mesa hincando los brazos»^[21].

El periodista Luis Galán se enteró en Bu-

carest del contenido básico del Informe por un camarada ruso, y asegura haberse sentido absolutamente estafado pensando en «los que habían arrostrado la muerte con el nombre de Stalin en los labios», o en «los anhelos de justicia y libertad que a los dieciséis años me habían acercado a las filas comunistas». Marchó a casa y destruyó a golpes un cuadro de Stalin con un niño en brazos que tenía colgado en la pared. Confiesa que luego «la recuperación fue dolorosa», dejándole para el futuro un poso de incredulidad. A esta superación ayudaron sin duda conversaciones como las que mantuvo en Moscú con sus amigos Eusebio Cimorra y Arnaldo Azzati, en las que concluyeron que «el descubrimiento de la doblez de Stalin nos imponía el deber de ser más cautos, pero no podíamos consentir que quebrantara nuestras convicciones»^[22].

Por su parte Manolo López, joven español residente en París, recuerda el XX Congreso y sus secuelas como un período de intensas discusiones. Un amigo a quien había pedido el ingreso en el partido abandonó la organización desencantado por las revelaciones, pero él siguió adelante argumentando que la «autocrítica» soviética reflejaba precisamente la capacidad de regenerarse del movimiento comunista. Ya como miembro del PCE, constató, en las reuniones de su célula, las diferencias de actitud entre jóvenes y veteranos; mientras los segundos se sentían desconcertados y usaban eufemismos como «errores del culto», los primeros no eludían referirse a los «crímenes de Stalin» y aceptaban las críticas como algo que reforzaba sus esperanzas de renovación^[23].

La recepción dentro de España fue, en general, más compleja y fragmentaria. Se-

20.- Manuel Azcárate, «La política de reconciliación nacional», en *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 320-321. Jorge Semprún, *El desvanecimiento*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 147-148. Felipe Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014, p. 257. Ramón Mendezona, *La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias / Prodhufi, 1995, p. 106.

21.- I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 305.

22.- Luis Galán, *Después de todo. Recuerdos de un periodista de la Pirenaica*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 228-233.

23.- Manolo López, *Mañana a las once en la Plaza de la Cebada*, Albacete, Bomarzo, 2009, pp. 212-218.

gún Sixto Agudo, en el penal de Burgos las primeras reacciones mostraban estupor, atribuyéndose las noticias que llegaban a la manipulación norteamericana. Entre los más influidos por los métodos estalinianos —señala Agudo— la revelación fue un hecho muy negativo y no pocos de ellos se perdieron para la actividad política, pero los demás lo asumieron como una ayuda para corregir los errores. En cuanto a la respuesta de los militantes clandestinos, Carrillo, en carta a Dolores de 8 de junio, refería que «por las noticias que llegan del país se ve que la campaña de la prensa sobre el culto a la personalidad ha causado mucha sorpresa y confusión en no pocos camaradas»; lo cual requería, a su juicio, intensificar las aclaraciones en la propaganda, «para responder a los ataques del enemigo», y armar política e ideológicamente a la militancia. Una nueva misiva fechada el 1 de julio señalaba que «la confusión es sobre todo entre los viejos camaradas que no se explican cómo es posible que Stalin hiciera tales cosas y que los demás se las permitieran». No sucedía lo mismo entre los jóvenes, «puesto que el culto a Stalin no había arraigado aún en ellos». A modo de ejemplo, Semprún le comentaba que «entre los universitarios no ha creado problemas serios», y le transmitía el argumento de uno de ellos: en la URSS pueden haberse cometido errores e incluso barbaridades, pero se ha construido el socialismo, mientras que en España proliferaron las brutalidades, no se ha edificado nada y se ha destruido todo. Argumento éste que a Carrillo le parecía «simplista», pero no carente de lógica «en las circunstancias de nuestro país y entre esa gente». Luis Galán resume una impresión parecida: «en España la represión que ejercía la dictadura embotó en cierto sentido la repercusión de la denuncia de Stalin». El propio Gregorio Morán, cronista ulterior de los hechos, se extraña de que, probable-



Portada del periódico *Mundo Obrero*, suplemento al número 7, junio de 1956 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

mente, haya sido España el único país en que las denuncias de Jruschov no tuvieron un efecto traumatizante para el partido y su militancia^[24].

Algunas intervenciones en el Pleno del Comité Central de julio-agosto del mismo año describen, de manera parecida, las reacciones emotivas entre activistas del interior, la persistencia de los debates y la ratificación de fidelidades a la organización. Parece claro, pues, que el malestar personal y las dudas no cristalizaron en posiciones que dañaran significativamente la estructura clandestina. El «amor al partido» definió la norma habitual de comportamiento. Lo mismo cabe decir del exterior, aunque

24.– Sixto Agudo «Blanco», *Memorias. La tenaz y dolorosa lucha por la libertad (1939-1962)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1991, p. 343. Cartas de S. Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio y 1 de julio de 1956, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. L. Galán, *Después de todo*, p. 127. G. Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 286-287.

de manera más matizada. En Francia, según una carta antes citada de Carrillo, los camaradas aceptaban las explicaciones dadas, aunque las duras revelaciones causaron «mucho sentimiento» y se plantearon dudas sobre el comportamiento o la responsabilidad de los demás dirigentes durante el período del culto a Stalin. Pero, a la vez, la situación generaba expectativas entre algunos grupos de expulsados en anteriores pugnas, que sondeaban la posibilidad de volver a acercarse al PCE, o de los pro-yugoslavos que, según Carrillo, trataban de infiltrarse en algunos comités de unidad creados en la capital francesa, a la vez que proponían celebrar un congreso contra la «dirección estalinista»^[25].

Las discrepancias en México llegaron a ser algo más relevantes, repercutiendo en una situación de inestabilidad que venía de atrás y que se prolongaría hasta 1957. Por de pronto, Carrillo aludía a problemas con expulsados del Partido Socialista Unificado de Cataluña, que planteaban ahora que el XX Congreso les daba la razón y pretendían que la organización dejara de ser marxista-leninista y recuperase su carácter unitario comunista-socialista. En el I Congreso del PSUC (agosto de 1956), Claudín, en representación del PCE, criticaba a los militantes mexicanos que interpretaban la cuestión del culto de forma radical y consideraban que el estalinismo había anulado la democracia socialista. Frente a esta tesis, Claudín argumentaba que, de haber sido así, no hubieran podido surgir del propio régimen las fuerzas rectificadoras^[26].

Sin embargo, la discrepancia personal más argumentada la protagonizó Wences-

lao Rocés, veterano intelectual comunista y traductor de Marx afincado en México, que presentó su dimisión del Comité Central en carta enviada al Pleno del mismo celebrado en julio-agosto. Rocés argüía que el «pavoroso» cuadro de hechos denunciados en el XX Congreso «entraña responsabilidades que trascienden con mucho de las personales de un dirigente por alto que éste estuviera», y que no podía explicarse toda una época por la acción de un espíritu satánico como antes se hacía por la de un semidiós. Resultaba indecoroso y antimarxista «ese escamoteo de las responsabilidades propias por parte de todo el equipo dirigente, colaborante y encubridor», haciendo temer por ello que las cosas en el futuro no cambiaran. «Las tremendas deformaciones y tropelías denunciadas», si bien —añadía cauteloso— no podían afectar «a las cualidades esenciales del sistema socialista, del régimen y del partido», si ponían en tela de juicio los métodos que venían aplicándose. Ello comportaba acabar con la disciplina mecánica y la obediencia ciega y favorecer la democracia y la aplicación fiel del centralismo democrático, y exigía a la vez que el PCE se transformara en un auténtico *partido nacional*: «En una situación como la que actualmente comienza a desarrollarse en España, yo estimo que el partido para poder cumplir su misión, debe afirmar con mucha fuerza su personalidad de partido nacional, responsable por encima de todo ante la clase obrera y el pueblo español de sus decisiones propias y que veo en el internacionalismo proletario y en el campo socialista un plano de coordinación y una fuente de experiencias, enseñanzas y valiosas ayudas, pero no una instancia de superior apelación»^[27].

25.— Actas del Pleno del Comité Central del PC de España celebrado del 25 de julio al 4 de agosto de 1956, p. 550, Documentos, AHPCE. Carta de S. Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio de 1957, ya citada.

26.— Joan Estruch Tobella, *El PCE en la clandestinidad 1939-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 238.

27.— Carta de Wenceslao Rocés, 11 de julio de 1956, reproducida en Actas del Pleno de julio-agosto de 1956, Anexo 6, pp. 853-854. El Pleno decidió solicitarle que reconsiderara su dimisión, cosa que terminaría haciendo tras recibir

La voluntad de proyectar el impulso renovador del XX Congreso en dirección concordante con el giro táctico del partido español y evitar a la vez cualquier «desbordamiento», se materializó en el verano de 1956, en el citado Pleno de la Casa del Lago que, en irónica caracterización de Claudín, vino a ser una especie de XX Congreso a la española, con Carrillo en el papel de Jruschov. El Pleno reafirmó la RN, llevó a cabo una censura *sui generis* del «culto a la personalidad» en el PCE utilizando como cabeza de turco al dirigente Vicente Uribe, e inició un proceso de cambios en la dirección destinado a reforzar a los sectores más jóvenes o vinculados a la lucha del interior. Muchas intervenciones fueron críticas, pero dentro de la «ortodoxia jruschoviana» y lejos de la audacia de Togliatti en su célebre entrevista en *Nouvi Argomenti*. Todos se colocaron bajo el paraguas del XX Congreso, incluido Uribe. Pero las aportaciones interpretativas brillaron por su ausencia. Semprún dio por buenas las explicaciones del XX Congreso, aunque —añadió—, no todo estuviera dicho todavía, y peroró sobre la paradójica relación del culto a la personalidad con los éxitos del socialismo, como un «espejo deformante de la enorme acumulación de fenómenos positivos en la sociedad socialista». Carrillo afirmó también que el gran desarrollo de la URSS había oscurecido la percepción del poder desmesurado de Stalin y que el partido español, como discípulo, tendió a copiar demasiado mecánicamente al maestro; la política de cambios —aseguraba Carrillo— ya la había iniciado el PCE, si bien el XX Congreso servía para percibir los problemas «con mayor claridad, con mayor profundidad». Pasionaria, en su largo informe inicial, expresó la conmoción por las revelaciones y se encargó a la vez de marcar las cautelas respecto a lo que pudie-

una carta en ese sentido de Pasionaria.

ran tener de ruptura, asumiendo las tesis de Jruschov e incluso esbozando un último guiño a Stalin como «gran marxista» pese a sus errores^[28].

La Resolución final del Pleno sintetizaba la interpretación *canónica* del PCE de los resultados del XX Congreso. Aceptaba las tesis que ligaban el culto a la personalidad con los condicionamientos del difícil proceso de construcción del socialismo en la URSS, unidos a los rasgos caracteriológicos de Stalin. Subrayaba que la autocrítica del PCUS no debía ser en modo alguno utilizada para cuestionar el sistema soviético o introducir en el movimiento comunista corrientes nacionalistas burguesas. Y planteaba también la necesidad de corregir las manifestaciones del culto en el partido español e impulsar la dirección colectiva, saludando la aportación que las tesis sobre la coexistencia y la posibilidad de vías pacíficas al socialismo suponían para el proceso de renovación ya iniciado en el PCE y que ahora se consolidaba con la propuesta de la Reconciliación^[29].

La prueba húngara

Aún recientes los debates del mencionado Pleno, el primer gran escollo que las resoluciones del XX Congreso hubieron de afrontar fue el desbordamiento que los intentos de *desestalinización* moderada y controlada desde arriba sufrieron en algunos *eslabones débiles* del bloque del Este: Polonia y Hungría. Lo cierto es que, frente a la resignada aceptación por parte de Moscú

28.— F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 119-120. G. Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 288-300. S. Carrillo, *Memoorias*, pp. 493-494. Actas del Pleno de julio-agosto de 1956, pp. 527-529, 377-397 y 79-95. Felipe Nieto, *La aventura comunista*, pp. 302-303.

29.— «Resolución del Pleno del Comité Central. Sobre la situación en la dirección del Partido y los problemas del reforzamiento del mismo», *MO*, agosto-septiembre de 1956.

del nuevo status quo polaco por combinar las reformas internas liberalizadoras con el mantenimiento del régimen de «democracia popular» y los compromisos internacionales del país (léase pertenencia al Pacto de Varsovia), el rebasamiento de dichos límites, por la intensidad de la reacción popular y la incapacidad de encauzamiento del Partido, en el caso de Hungría, desencadenarían la tragedia de la intervención soviética.

Los acontecimientos húngaros sometían a dura prueba la sinceridad de las propuestas del XX Congreso, pero también la solidez de las posiciones de Jruschov y el sector «reformista», afectando a la vez a los equilibrios internacionales de la guerra fría, sobre todo cuando se mezclaron con la intervención de Francia, Gran Bretaña e Israel en Egipto. Incluso Togliatti llegó a afirmar, por entonces, que «a la sublevación armada sólo se le puede responder con las armas». En todo caso, las visiones de los distintos partidos comunistas se movieron dentro de un amplio abanico: soviéticos, albaneses, checos, alemanes del Este y franceses catalogaron desde el principio el movimiento como claramente contrarrevolucionario, mientras que yugoslavos, italianos, belgas, americanos y polacos hicieron un análisis más matizado; la posición de los chinos se situó a medio camino^[30].

La postura española se caracterizó por su completo alineamiento con las tesis soviéticas. Desde las páginas de *Mundo Obrero*, Dolores Ibárruri, aun reconociendo la «farronería sectaria» de los antiguos diri-

gentes del Partido Húngaro de los Trabajadores, afirmaba que los errores del régimen habían sido aprovechados por la reacción para sus tenebrosos propósitos. Las «horas sombrías de desenfreno de la contrarrevolución y de terror fascista», según la dirigente comunista española, habían sido paralelas a la agresión a Egipto; en el primer caso, se trataba de restablecer el régimen fascista de Horthy y, en el segundo, de restaurar el poder colonial. De manera similar, la postura oficial del PCE, luego plasmada en una declaración del Buró Político, insistía en mezclar los problemas de Hungría y Egipto. En ambas ocasiones, la URSS aparecía como defensora de la paz, contra el colonialismo y el imperialismo. Los propósitos reaccionarios del movimiento húngaro —según los comunistas españoles—, respondían a una estrategia general de sustituir las democracias populares por regímenes feudales y clericales como los de anteguerra^[31].

Pasados ya los hechos, *Mundo Obrero* añadía otro elemento de reflexión para uso interno. En concreto, argumentaba que la pérdida de control por el partido gobernante en la necesaria política de cambios había dado alas «legales» a la contrarrevolución: «Después de salir de los marcos del Partido, en un país socialista sólo era cuestión de tiempo si no se la reducía antes que la oposición saliese también de las fronteras de la legalidad socialista, llamando a la insurrección. Fue el camino que siguió la oposición trotskista en la Unión Soviética [...] Quien —incluso tomando como punto de partida críticas en parte justas— saca sus diferencias fuera del Partido, pierde toda razón y

30.— Lucio Magri, *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX*, Barcelona, El Viejo Topo, 2009, pp. 124-127. F. Fejtö, *Histoire des démocraties populaires*, París, Du Seuil, 1969, t. 2, pp. 116-131. Alexander Höbel, «El PCI en el movimiento comunista, el 68 checoslovaco y la relación con el PCUS», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 28-29. Jesús Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, pp. 52-53.

31.— «No podemos ser neutrales frente al fascismo», por Dolores Ibárruri, *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Declaración del Buró Político del Comité Central del partido Comunista de España sobre la situación internacional», *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Ellos aclaran la cuestión», *España Popular*, 1 de diciembre de 1956.

autoridad»^[32].

¿Cómo reaccionó la militancia comunista española frente a la crisis húngara? Ante todo, los acontecimientos provocaron controversias que, en alguna medida, prolongaban las entabladas a propósito del XX Congreso o de la misma RN. Luis Galán recuerda los debates en la redacción de la Pirenaica, con una mayoría favorable a las reformas «controladas» y una sola opinión contraria a la intervención soviética. Manolo López, entonces en París, rememora sus propias zozobras ante las noticias que llegaban de Hungría, el alzamiento de los obreros o las fotos espectaculares de policías o comunistas colgados de los árboles y las farolas. Con la intervención soviética, le angustiaba la idea de que el Ejército Rojo disparara sobre los trabajadores, y pensó incluso si el comunismo no había fracasado. Luego, en su reunión de célula, la perorata del veterano Benigno Rodríguez, que volvió a evocar la imagen de los ahorcados, contribuyó a mitigar sus dudas. En cambio Carlos y Paco Semprún, hermanos de Jorge, mantuvieron con Benigno una durísima discusión sobre el tema^[33].

El impacto de las imágenes truculentas aparece evocado con frecuencia, casi siempre para justificar el rechazo del proceso o el paso de una visión positiva o expectante a otra negativa del mismo. Así lo hace también Luis Galán. Carrillo asegura que recibió las primeras noticias con simpatía, cambiando su actitud cuando Nagy denunció el Pacto de Varsovia, aparecieron las susodichas fotos y el cardenal Mindszenty comenzó a hacer declaraciones reacciona-

rias. Desde luego, a ninguno se le ocurrieron reflexiones tan pertinentes y, a la vez, tan desasosegantes como las de Rossana Rossanda: «Los sucesos de Hungría se condensan en mi interior en una fotografía, un funcionario colgado de un farol [...], con el cuello roto y el rostro descompuesto del ahorcado, mientras debajo ríen dos obreros de la fábrica sublevada. Fue la primera vez que dije: nos odian. No los patronos, los nuestros, nos odian»^[34].

Los acontecimientos húngaros provocaron significativas crisis en los dos principales partidos comunistas de Europa occidental, los de Francia e Italia, y en otros menores, como el británico. Nada de eso sucedió en el PCE. Casos como el de los hermanos Semprún o alguno más constituyen excepciones sin mayor relevancia; apenas la tiene tampoco que el escritor Alfonso Sastre, que había apalabrado su ingreso en el PCE, lo aplazara hasta 1963, pues esta dilación no le impidió seguir colaborando como «compañero de viaje». Asimismo, el contencioso húngaro se reflejó circunstancialmente en la crisis endémica de la organización de México^[35].

En la dirección del partido, sólo se registró una discrepancia explícita notable, la de Claudín, que insistía en otorgar prioridad los errores de los comunistas húngaros frente al papel de la contrarrevolución. Carrillo afirma, en sus *Memorias*, que también él tuvo profundas dudas, pero podemos legítimamente desconfiar de que fuera cierto porque —como añade a continuación— «las guardé para mí»; según él, condenar la intervención soviética hubiera sido difícilmente entendible para la militancia y ponía

32.- «Tras los últimos acontecimientos internacionales. Redoblar la lucha en el terreno ideológico», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1957.

33.- M. L. Galán, *Después de todo*, pp. 255-261. M. López, *Mañana a las once*, pp. 261-262 y 268. Carlos Semprún Maura, *El exilio fue una fiesta. Memoria informal de un español en París*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 152.

34.- L. Galán, *Después de todo*, pp. 255-256. S. Carrillo, *Memorias*, p. 500. Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, Foca, 2008, p. 213.

35.- Francisco Caudet, *Crónica de una marginación. Conversaciones con Alfonso Sastre*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1984, p. 38. S. Álvarez, *Memorias V*, p. 175.

en riesgo el giro político recién aprobado, por lo cual asumió la weberiana «ética de la responsabilidad». Luego la agresión a Egipto le llevó a concluir que el debilitamiento del bloque soviético alentaba el peligro de intervenciones imperialistas. Carrillo hace notar también el apoyo de los intelectuales del PCE a la postura adoptada. Asegura que el cineasta Juan Antonio Bardem y el filósofo Manuel Sacristán, que estaban en París, preguntaban a qué esperaban los soviéticos para restaurar el orden. Enrique Múgica, desde San Sebastián, le escribía despotricando contra los intelectuales franceses contestatarios con la disciplina del partido. La explicación que da Carrillo a estas actitudes es bastante clara: «nuestros intelectuales, que vivían bajo una dictadura fascista, reaccionaban temiendo que Hungría regresase a los tiempos de Horthy»^[36].

De nuevo, la existencia de la dictadura condicionaba la respuesta de la militancia española en cada crisis. Y más teniendo en cuenta que el régimen franquista adoptó una actitud especialmente beligerante en este caso, intentando sacar réditos de su habitual discurso anticomunista^[37]. El mismo Franco declaró a la Agencia Associated Press que «el mundo no puede permanecer indiferente ante la intervención sangrienta de los ejércitos rusos para reprimir las ansias de independencia y de libertad de estas naciones». Consecuente con esta idea, el gobierno español solicitó la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU y luego la intervención de Naciones Unidas sobre el terreno. Las informaciones acerca de la cri-

sis en la prensa legal española se entreveían de alusiones a la presencia soviética en la Guerra civil. Así, *La Vanguardia* aseguraba que «a los españoles que vivimos el procedimiento soviético durante la guerra de liberación, no nos coge por sorpresa la brutalidad comunista». El diario barcelonés recordaba también que en su momento España «sintió clavar en su piel de toro las banderillas emponzoñadas del comunismo internacional». Eran los mismos que habían profanado iglesias y «paseado» inocentes y —añadía en una extemporánea continuación del viejo mito franquista— los que en Guernica «arrasaron una ciudad para convertirla luego en celo de su propaganda»^[38].

Los antifranquistas del interior, que asistían a semejante despliegue propagandístico, debían necesariamente sentirse turbados ante cualquier coincidencia, aunque se produjera por razones diferentes, en la postura en torno a los acontecimientos húngaros. En cambio anarquistas y socialistas del exilio arremetieron contundentemente contra la intervención soviética y su justificación por parte del PCE^[39]. Los comunistas aprovecharon esta «coincidencia» para desacreditar toda crítica. Así lo hacía Claudín con el PSOE y *España Popular* a propósito de la posición del gobierno republicano en el exilio: «más vale —concluía— guardar silencio que coincidir con Franco». El corresponsal de este periódico en Madrid

36.- F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 126-127. S. Carrillo, *Memorias*, pp. 500- 501.

37.- Julio Gil Pecharromán, *La política exterior del franquismo (1939-1975). Entre Hendaya y el Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 219-221. María Dolores Ferrero Blanco, «Franco y la revolución húngara de 1956: la contribución de España a la resistencia frente a la URSS», *Papeles del Este*, 7 (2003), pp. 2-32.

38.- «Sagaces declaraciones del Caudillo a la Associated Press», *La Vanguardia*, 28 de octubre de 1956. «El Danubio Rojo» y «La posición de España en un brillante discurso del Señor Lequerica», *La Vanguardia*, 28 de octubre y 10 de noviembre de 1956.

39.- Ilustraciones de las posiciones anarcosindicalistas en «El orden de los cementerios reina en Hungría. La barbarie mecanizada soviética ahoga a todo un pueblo», *CNT*, 11 de noviembre de 1956; o «La segunda 'Commune' húngara», también en *CNT*, 11 de noviembre de 1956. Crónicas y pronunciamientos socialistas por ejemplo en «Solidaridad con los pueblos de Polonia y Hungría» o «Ante la general reprobación. La adhesión al crimen», *El Socialista*, 8 y 15 de noviembre de 1956.



Reunión del Comité Central del PCE en 1957, en la que se abordaría el debate de los sucesos húngaros del año anterior. Entre otros se pueden ver, de izda. a dcha., en primera fila a Santiago Álvarez, Simón Sánchez Montero y Tomás García; en segunda fila a Ignacio Gallego, Josep Serradel (PSUC), Julián Grimau y Dolores Ibárruri (sentada); en tercera fila se distingue a Romero Marín y a Ramón Mendezona (Foto: Archivo Histórico del PCE).

ahondaba en el tema, en relación con la orden del Secretario de Falange de hacer ondear la bandera húngara con crespón negro. Los obreros e intelectuales —añadía— «estamos con los enemigos de nuestro secular enemigo: la reacción española». Frente a los «progresistas» que en Francia, Italia e Inglaterra «han preferido ser el eco débil de la reacción», en España —concluía— «sabemos quién es quién»^[40].

40.- «Sobre una respuesta negativa», por Fernando Claudín, *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Más vale el silencio. El gobierno republicano español opina sobre el caso húngaro» y «Crónica de Madrid. España y Hungría», *España Popular*, 1 de diciembre de 1956.

Meses más tarde, en agosto de 1957, el Pleno del Comité Central abordaba el debate sobre los sucesos húngaros. Uno de los intervinientes, Demetrio Cuesta, aprovechaba la ocasión para destacar «la unanimidad en el Partido, de nuestros amigos y, en general, de todas las fuerzas populares en condenar los acontecimientos de Hungría», a lo cual había contribuido «la defensa que el franquismo hizo durante esos acontecimientos pretendiendo presentar a los sublevados como defensores de las libertades democráticas». En la misma reunión, Mendezona se hacía eco del orgullo de los asistentes al comprobar que «los aconteci-

mientos de Hungría no han tenido en nuestro Partido los perniciosos efectos que en otros Partidos hermanos»^[41].

El Pleno de agosto de 1957 registró incluso un momento de tensión que demostraba, pese a las promesas liberalizadoras, lo difícil que resultaba el ejercicio de la libertad de expresión en temas importantes o controvertidos. En el momento en que Felipe Muñoz Arconada, residente en Budapest cuando se produjeron los hechos, intervenía lanzando un duro ataque contra el «revisiónismo» de Nagy y sus seguidores, fue abruptamente interrumpido por Carrillo, Líster y Dolores, recriminándole sus anteriores «posturas equivocadas» al hilo de los acontecimientos. Confuso y balbuciente, Arconada intentó justificarse, para acabar por reconocer humildemente «una seria debilidad desde el punto de vista ideológico que no debe repetirse»^[42].

Como es sabido, el levantamiento húngaro fortaleció las «tendencias conservadoras» en el movimiento comunista. Puede que, como nos recuerda Tony Judt, la «desestalinización controlada» le conviniera a muchos; pero el problema era la eclosión de expectativas que generaba^[43]. En el caso del PCE, las concesiones a los nuevos aires se combinaron, no sin cierta esquizofrenia, con una imperturbable continuidad en los ejes fundamentales del «giro táctico» de 1956. De todos modos, el «síndrome húngaro» provocó pronto las primeras reacciones defensivas. Ya a comienzos de 1957, Carrillo distinguía el derecho y el deber de que cada

partido elaborara su «vía propia» del llamado «comunismo nacional», equivalente al chovinismo burgués, y subrayaba que todas las revoluciones sociales tenían rasgos comunes: un partido dirigente marxista-leninista, un proletariado que arranca el poder del Estado a la burguesía por la lucha revolucionaria y una dictadura del proletariado que vence la resistencia de los explotadores, nacionaliza la industria y colectiviza la agricultura y que, a través del desarrollo planificado de la economía y la cultura, eleva el bienestar del pueblo y prepara el paso al socialismo y al comunismo. Poco margen quedaba, dentro de este esquema, para las variantes, y desde luego casi nada para la pregonada «vía parlamentaria» al socialismo. Por si no estuviera claro, Carrillo enfatizaba la necesidad de intercambiar experiencias entre los distintos partidos comunistas y la unidad de todos en torno al PCUS. Sin negar la autonomía y el sentido crítico de cada organización, era preciso reconocer «el papel orientador, dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a su lado, de los Partidos Comunistas de los países que pueden ponerse como ejemplo en la aplicación del marxismo-leninismo en el seno del movimiento obrero y comunista mundial». En referencia al reformismo o el «oportunismo socialdemócrata», Carrillo aseguraba que el XX Congreso había ayudado a extirpar el sectarismo, el burocratismo y el subjetivismo, «pero es aún más urgente la necesidad de poner al descubierto las mendaces construcciones ideológicas y políticas de nuestros adversarios, y de abatirlas»^[44].

Este espíritu de repliegue aparecía de forma inequívoca en la decisión de meter en vereda a la discolosa organización de México, que venía protagonizando serias

41.- Actas del Pleno del Comité Central del P.C. de España celebrado del 15 al 20 de agosto de 1957, Documentos PCE, p. 121 y 174, AHPCE.

42.- *Ibíd.*, pp. 547-555.

43.- Isaac Deutscher, *La década de Jruschov*, Madrid, Alianza, 1971, p. 57. Fernando Claudín, *La oposición en el 'socialismo real'. Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia, Polonia: 1953-1980*, Madrid, Siglo XXI, 1981, pp. 216-218. Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2013, 9ª ed., p. 457.

44.- «Tras los últimos acontecimientos internacionales. Redoblar la lucha en el terreno ideológico», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1957.

discrepancias con la dirección al menos desde el V Congreso (1954). En marzo de 1957, en sesión del Buró Político, Carrillo arremetía contra las reclamaciones de un «democratismo» incorrectamente opuesto al «centralismo» y utilizado para «defender precisamente las concepciones caducas que el XX Congreso y nuestras más recientes reuniones han condenado». En México se superponían pervivencias de métodos sectarios y tendencias revisionistas. El Buró elaboró una «Carta a los miembros de la organización del Partido Comunista de España en México» en la que, entre otras cosas, se acusaba a algunos militantes de «interpretación oportunista» del XX Congreso, similar a la que «la reacción internacional, los oportunistas y reformistas del movimiento obrero, así como algunos revisionistas surgidos en las filas comunistas tratan de difundir, con el evidente propósito de quebrantar la unidad del movimiento comunista internacional y del campo socialista». Se trataba de lo que la propaganda burguesa llamaba «desestalinización», que significaba en la práctica «la liquidación del carácter marxista-leninista de los Partidos Comunistas». Con el pretexto de la democratización, se pretendía cuestionar la unidad de acción y la disciplina, y con el de libertad de crítica, se facilitaba la difusión de la ideología burguesa en las filas comunistas; el denominado «comunismo nacional» acababa con el internacionalismo, y especulando con el paso pacífico al socialismo, «se pretende que han desaparecido ya las condiciones históricas que hicieron necesario el tipo leninista de Partido proletario»^[45].

El segundo acto de este encauzamiento consistió en convocar a dos representantes de la organización mexicana (su secretario

Alfredo Barberán y el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez) para mantener en París «una entrevista y una discusión franca y fraternal» con representantes de la dirección. El encuentro, más franco que fraternal, acabó, como relata Sánchez Vázquez, con la aplicación inmisericorde de las reglas del centralismo democrático, es decir, con el sometimiento incondicional de la organización inferior al centro^[46].

Epílogo. La larga y azarosa sombra del XX Congreso y el principio del fin del monolitismo

Desde 1957, la política del PCE fue moviéndose entre dos polos potencialmente contradictorios: el despliegue de la RN, que nunca llegó a ser cuestionada en sus rasgos básicos, y la adaptación a las fluctuaciones de la peculiar *desestalinización* en la URSS y a las diferencias y controversias generadas en el movimiento comunista. La contención que siguió al drama húngaro explica que, por ejemplo, el cuarto aniversario de la muerte de Stalin fuese conmemorado en alguna publicación del PCE con calificativos particularmente elogiosos («luchador de acero», «recio teórico»), sin que ello provocara escándalo alguno. Ni siquiera la derrota, en el verano de ese año, del «grupo antipartido», saludado por el PCE como «la victoria de lo nuevo», dio lugar a un cambio significativo de tendencia: el dogmatismo y sectarismo opuestos al XX Congreso encontraban un «valioso aliado» en el revisionismo oportunista que, «so capa de novedad, trata de pasar de contrabando las viejas nociones burguesas y socialdemócratas». La lección que Hungría transmitía era que debía simultanearse la batalla contra

45.– Reunión del Buró Político (marzo 1957), Documentos PCE, caja 38, AHPCE. Carta conservada, impresa, con documentos de dicha reunión.

46.– S. Álvarez, *Memorias V*, pp. 189-190. Adolfo Sánchez Vázquez, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, Gesell, 1997, p. 63.

ambos enemigos a derecha e izquierda^[47].

La sempiterna identificación con la URSS resurgía con particular intensidad a propósito del 40º aniversario de la revolución de Octubre y la Conferencia de partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú por las mismas fechas, en la que se manifestaron los primeros síntomas de división en el movimiento. En la valoración pública realizada desde las páginas de *Mundo Obrero*, se presentaba la conferencia como una demostración de fuerza y unidad, «un año después de la más feroz arremetida que haya conocido el movimiento comunista desde hace mucho tiempo». Se había resistido la «oleada reaccionaria» y, en el caso del PCE, se hizo «sin ceder una pulgada de terreno al neorrevisiónismo, al mismo tiempo que se desembarazaba, a través de un profundo proceso crítico y autocrítico, de los obstáculos sectarios y dogmáticos que frenaban el desarrollo de su actividad entre las masas»^[48].

Sin dudar de las acendradas convicciones filo-soviéticas de los dirigentes españoles, es difícil saber qué había de convencimiento o cuánto de ajuste táctico en las posiciones adoptadas ante cada coyuntura. Parece existir, desde luego, una clara identificación con las posturas de Jruschov, garantía de continuidad de la RN. Todavía con motivo de la defenestración del dirigente soviético, en 1964, en carta a Dolores, Carrillo hablaba de algunas aristas del tem-

peramento de Jruschov, pero también de la imagen positiva que transmitía: «en tanto que portavoz del C.C., ha roto la máscara hierática, de un Comunismo replegado a la defensiva, y ha paseado por todo el mundo el rostro de un Comunismo que no tiene miedo al contraste, un rostro mucho más humano, mucho más abierto, y próximo al corazón y al sentimiento de las grandes masas trabajadoras»^[49].

Es fácil presentar el período de Jruschov como una *desestalinización* fallida o incompleta. Pero no cabe olvidar que, con sus limitaciones y contradicciones, la vía abierta en 1956 inauguró un período de grandes esperanzas. Los mismos éxitos espaciales avalaban una imagen expansiva del sistema que resultaba verdaderamente ilusio-nante. A propósito del lanzamiento del primer sputnik, Marcos Ana, preso entonces en el penal de Burgos, recuerda a «camaradas que se subían a las ventanas y permanecían horas agarrados a las rejas, como vigías nocturnos, avizorando el cielo con la ilusión de ver aquel ingenio espacial, que representaba para nosotros [...] el triunfo de la ciencia socialista»^[50].

Sin embargo, mientras las posiciones oficiales de la dirección comunista española seguían plegándose a los distintos avatares de la política de la URSS, nada esencial cambió respecto a la línea política, a la defensa de la «vía pacífica» o a la idea reiterada de la «dirección colectiva», si bien en este último aspecto la dinamización de los órganos colegiados coexistía con una concepción tradicional y jerárquica del partido. Los cambios iniciados con la RN resultaron, aunque pausados y discontinuos, irrever-

47.- «En el IV aniversario de la muerte de J. V. Stalin», *España Popular*, 16 de marzo de 1957. «Declaración del Buró Político del partido Comunista de España en relación con la resolución del C.C. del P.C.U.S. sobre actividad antipartido del grupo Malenkov, Kaganovitch y Molotov», *MO*, 15 de julio de 1957. «La victoria de lo nuevo», por Santiago Carrillo, *MO*, 1 de agosto de 1957.

48.- F. Claudín, *La oposición*, p. 217. «Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas», *MO*, 30 de noviembre de 1957. «Sobre la Conferencia de los 65 partidos comunistas», *MO*, 30 de noviembre de 1957.

49.- S. Carrillo, *Memorias*, pp. 506-511 y 536-542. F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 156 y 159. Carta de S. Carrillo a Dolores Ibárruri (octubre de 1964), *Dirigentes*, caja 30, carp. 1, AHPCE.

50.- Marcos Ana, *Decidme cómo es un árbol. Memorias de la prisión y la vida*, Barcelona, Umbriel, 2007, p. 201.

sibles, y la *desestalinización* (que se rehúsa designar con este nombre) catalizó fenómenos que ya se estaban produciendo en el propio PCE. Por más que fuera de manera lenta y sinuosa, en palabras de Irene Falcón, «desde 1956, el partido inició una política de no retorno basada en la autonomía y posterior independencia y orientada por la perspectiva de España»^[51].

Para los partidos comunistas occidentales, resultaba cada vez más evidente que la identificación excesiva con las formas políticas de los países socialistas restaba fiabilidad a sus propuestas y lastraba su política de alianzas. La necesidad de potenciar una mayor autonomía de cada partido, las dudas crecientes sobre las excelencias del modelo soviético y la crítica a las limitaciones de los cambios «desestalinizadores» comenzaron a afectar a algunos dirigentes, pero lo que comenzaba a ser cada vez más visible era que las nuevas generaciones que se iban incorporando a la militancia apenas compartían ya los viejos mitos ni otros rasgos de la cultura política comunista tradicional. Como señalaba el entonces estudiante catalán Jordi Solé Tura recordando sus contactos en el extranjero con la dirección del partido, «la Unión Soviética era una referencia lejana, exótica y muy poco presente en nuestras inquietudes», mientras para la vieja guardia «era un problema de vida o muerte»^[52].

La dirección del PCE no podía ignorar

que el crecimiento del partido y su credibilidad requerían ir dando medidos pasos adelante. Por eso el VI Congreso, en la Navidad de 1959, junto con un balance triunfalista de la RN y las consabidas loas a la superioridad del socialismo y la URSS, se esforzaba en mostrar la posibilidad de una vía propia, distinta de la soviética. Así, el Informe de Carrillo rechazaba que la dictadura del proletariado supusiera la anulación de las libertades, y además aventuraba que ésta «seguramente tomará en diversos países, las formas de la democracia parlamentaria». Según Claudín, las condiciones históricas en que se produjeron las revoluciones en Rusia y las democracias populares habían generado rasgos que no debían necesariamente repetirse. En España, el Estado y la democracia socialista podrían asentarse «en un sistema parlamentario con pluralidad de partidos políticos, representantes de diversas clases y capas interesadas en la realización del socialismo»^[53].

El período que sigue al XXI Congreso del PCUS (1959) refleja una cierta pérdida de impulso renovador. Pero en 1961 Jruschov parecía retomar las riendas de la situación. Los dirigentes soviéticos lanzaban entonces, en su XXII Congreso, el doble órdago de reforzar el impulso desestalinizador y de renovar el designio de la construcción del comunismo a corto plazo, lo cual despertó verdadero delirio entre los dirigentes españoles. Pasionaria saludó estas propuestas como «un programa que estremece al mundo». Carrillo, presa del entusiasmo, subrayaba que, finalmente, «los hombres de mi generación entrarán en la *tierra prometida*»; el comunismo era ya «una nueva

51.- «El XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética» y «Saludo dirigido por la camarada Dolores Ibárruri al XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *MO*, 15 y 28 de febrero de 1959 respectivamente. Francisco Erice, «Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975), *Historia del Presente*, 24 (2014), pp. 43-46. I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 308.

52.- F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 126-127. M. Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, pp. 335 y 342. Jordi Solé Tura, *Una historia optimista. Memorias*, Madrid, Aguilar, 1999, p. 115. M. López, *Mañana a las once*, pp. 217-218 hace diversas referencias a esta diferencia generacional.

53.- Informe del Comité Central presentado por el Camarada Santiago Carrillo, 28-31 de enero de 1960, pp. 84-88, e Informe sobre el proyecto de Programa. presentado por el Camarada Fernando Claudín, 26-31 de enero de 1960, VI Congreso del Partido Comunista de España, Documentos PCE, AHPCE.



Mesa Presidencial del VI Congreso del PCE, Praga, diciembre 1959 - enero 1960. En él Carrillo plantea la posibilidad de una vía al socialismo propia, distinta de la soviética, bajo un sistema parlamentario con pluralidad de partidos (Foto: AHPCE).

civilización universal, que se abre paso inevitablemente». El propio Carrillo, ejerciendo como cronista del cónclave soviético, recogía las explicaciones ya sabidas de los errores «e incluso crímenes» cometidos por Stalin y, aunque reconocía que era necesario profundizar en el análisis, señalaba que había de hacerse sin interrumpir el trabajo práctico. Defendía luego la democracia soviética, aunque señalaba que la dictadura del proletariado revestiría formas distintas en los países occidentales. Asimismo, tomaba nota de la diversidad que se iba desarrollando en el movimiento comunista, con autonomía de cada partido y sin un centro dirigente, aunque el PCUS, por su historia y su experiencia, asumiera un cierto papel de vanguardia^[54].

54.- «Un programa que estremece al mundo», por Dolores Ibárruri, *MO*, 15 de octubre de 1961. «¡Viva el comunismo!», por Santiago Carrillo, *MO*, 15 de agosto de 1961. «XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión So-

viética. Un nuevo elemento vino a reforzar, de manera indirecta, el acendrado pro-sovietismo de la dirección comunista española: la disidencia y posterior cisma encabezado por los chinos, cuyos planteamientos, a diferencia de los de la URSS, confrontaban radicalmente con la vía defendida por el PCE desde al menos 1956. Ya en 1960 informes y documentos «reservados» del partido español descalificaban las tesis chinas, llegando a identificarlas con las del viejo trotskismo^[55].

En noviembre de 1963, Carrillo insistía de nuevo en la pluralidad de vías al so-

viética. La intervención de la delegación española en el Congreso», *MO*, 15 de noviembre de 1961. «Informe del camarada Santiago Carrillo sobre el XXII Congreso», *MO*, 1 de enero de 1962.

55.- Informe «muy reservado de Juan sobre las posiciones chinas en la FSM, julio de 1960, y Carta del C.E. del PCE al CC del PC de China, 24 de septiembre de 1960, Relaciones Internacionales, J. 35-36 y 33-34, AHPCE.

cialismo, justificadas por la diversidad de condiciones, e incidía en la necesidad de no ocultar las contradicciones en el proceso de construcción del socialismo «como el pequeño burgués avergonzado oculta una enfermedad secreta». El fantasma de Togliatti parece, insólitamente, asomar la cabeza cuando Carrillo señala que estaban surgiendo nuevas condiciones en Europa occidental para una alianza de fuerzas anti-monopolistas que ayudaran a la renovación de la democracia, incluyendo por ejemplo a sectores católicos progresistas^[56].

La destitución de Jruschov provocó una fuerte conmoción en aquellos partidos comunistas que se veían amparados por su política internacional y por las resoluciones del XX congreso. Por primera vez el PCE hizo pública una declaración que, aunque con cautelas, mostraba su pesar por una decisión adoptada por la dirección soviética y, además, elogiaba al dirigente depuesto. En todo caso, el PCE reiteraba que lo esencial era la continuidad con la línea de los congresos XX y XXII^[57]. Pero no conviene sobrevalorar el alcance real de estas críticas. Privadamente, Carrillo censuraba, en este caso, las actitudes de los dirigentes italianos y también las posiciones, más medidas, del PCF, preocupado como estaba —según le confesó a Dolores— por no contribuir a menguar el prestigio del PCUS, que «tanto nos importa», como era evidente «entre comunistas que sabemos poner por encima de todo los intereses del movimiento y que moriremos pensando que estos intereses y los de la Unión Soviética se funden en uno solo, ‘independencias’ y ‘autonomías’ aparte». Lo esencial era preser-

var los logros del XX Congreso y evitar una desastrosa «desjruschovización» siguiendo a la «desestalinización»^[58].

La identificación del PCE con la línea de Jruschov y el rechazo de las tesis chinas no significaban aceptación de las posturas de los comunistas italianos que, admitiendo los avances del XX Congreso, rechazaban cualquier nueva «recentralización» y, aunque discrepaban de las posiciones chinas, se negaban a cerrar filas sin matices con los soviéticos. Las notas que Togliatti preparó para su fallida entrevista con Jruschov en el verano de 1964 (el conocido como *Memorial de Yalta*) iban, desde luego, mucho más lejos que las de los comunistas españoles en la propuesta de profundizar en los rasgos de la vía pacífica, en la insatisfacción con las explicaciones del «problema de Stalin», el «retorno a las normas leninistas» en los países socialistas, la defensa de la autonomía de cada partido o las alternativas y alianzas contra el capital monopolista en Europa occidental^[59].

Tesis de este tipo fueron poco a poco influyendo dentro de otros partidos, en individuos o sectores que empezaron a ser calificados de «filoitalianos» o «italianizantes». En el PCE, éstos se identificaron especialmente con personajes como Claudín o Semprún, que mantenían buenas relaciones con intelectuales o dirigentes comunistas de ese país. Precisamente en el

56.- Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista de España. La situación en el Movimiento Comunista. Informe presentado por el camarada Santiago Carrillo, noviembre de 1963, Documentos PCE, AHPCE.

57.- «Ante el reemplazamiento del camarada Jruschov», *MO*, 2ª quincena de octubre de 1964.

58.- Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, octubre de 1964, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. El PCF consideró inadecuada la justificación del relevo «por motivos de salud» y pidió explicaciones; tras la entrevista de una delegación francesa con los dirigentes soviéticos, se dio por satisfecho. Véase Marco di Maggio, *Les intellectuels et la stratégie communiste. Une crise d'hégémonie (1958-1981)*, París, Les Éditions Sociales, 2013, pp. 38-45.

59.- F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 159-160. A. Höbel, «El PCI y el movimiento», pp. 30-36. Traducción de la «Memoria de Palmiro Togliatti sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad» en *Realidad*, 4, noviembre de 1964, pp. 54-66.

debate de 1964, que condujo a la expulsión de estos y otros militantes próximos, rebrotaba el debate sobre el *estalinismo* y las insuficiencias del análisis de 1956 en torno al eufemísticamente denominado «culto a la personalidad». Carrillo acusó entonces a Semprún de caracterizar —de forma errónea, a su parecer— al estalinismo como un «sistema» y no como una deformación que no cambiaba la naturaleza del sistema socialista. El texto objeto de esta crítica había sido publicado en 1963 en el primer número de la revista del partido *Realidad*. Allí Semprún aseveraba que «el XX Congreso constituye el inicio de la liquidación del sistema institucional que ha venido llamándose (de forma un tanto impropia, más metafórica que científica) *sistema del culto a la personalidad*». El XX Congreso había liberado energías latentes, desarrollado el espíritu de iniciativa y revitalizado la discusión crítica, constituyendo un viraje tan importante como en su tiempo lo fuera el leninismo respecto al «marxismo ortodoxo». Semprún hablaba también de «las contradicciones que habían ido acumulándose en la principal sociedad socialista, bajo la inescrutable máscara del sistema de dirección política y estatal de Stalin». Finalmente, resaltaba la diversidad del movimiento comunista, que impedía cualquier dirección única y centralizada o la existencia de un «partido-guía» o un «Estado-guía». En todo caso, las menciones al «estalinismo», que aparecen con cierta profusión en el debate, remitían más bien a las acusaciones contra la dirección del PCE de seguir usando, a juicio de sus detractores, viejos métodos autoritarios^[60].

Tras la destitución de Jruschov, el ciclo dinamizador del XX Congreso parecía tocar a su fin. La nueva etapa encabezada por Breznev generaría prontas decepciones. Año y medio más tarde, el PCE, secundando la postura de otros partidos comunistas occidentales, incluidos el PCI y el PCF, criticaba —nuevamente con cautelas— el juicio a los disidentes soviéticos Simianski y Daniel, como «más en consonancia con el período de la dictadura del proletariado que con el del Estado de todo el pueblo». A la vez, aprovechaba para aclarar que el futuro socialismo en España sería diferente, democrático y pluralista^[61].

La Unión Soviética podía ser un referente histórico-ideológico, o un factor estratégico positivo en la política mundial, pero estaba dejando de ser un centro incontestado y un modelo a seguir. En 1967, en un informe interno del PCE sobre política internacional, se reconocía de hecho la pluralidad y ya no se hablaba de centralidades. Se seguía censurando a los chinos y se admitía el sesgo revisionista de algunas tesis de los yugoslavos, pero se consideraban exageradas las críticas contra éstos últimos, insistiendo en la relevancia de los vínculos con países como Cuba y Rumanía. Una carta enviada por el PCE a los partidos comunistas y obreros de los países capitalistas (mayo de 1966) redundaba en que la autonomía y el derecho y deber de cada partido para elaborar su propia política «son hoy postulados tan evidentes y anclados en la realidad que hasta el propio enemigo se ve obligado a reconocerlo». Eso no significaba obviar la importancia de un movimiento comunista

60.- J. Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 277-280. «Observaciones a una discusión», por Jorge Semprún, *Realidad*, 1, septiembre de 1963, pp. 5-20. Cartas de F. Claudín al Comité Ejecutivo], 1 de junio de 1964, 5 de septiembre de 1964 y 23 de marzo de 1965, Divergencias, caja 111, AHPCE.

61.- «Algunas explicaciones necesarias», *MO*, 2ª quincena de noviembre de 1964. Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 2 de noviembre de 1964, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. S. Carrillo, *Memorias*, p. 542. «Declaraciones de Santiago Carrillo a *Nuestra Bandera*», *Nuestra Bandera*, 47-48, 1966, pp. 15-17.

internacional, eso sí, basado en la diversidad^[62].

El Informe del secretario general al Comité Central de septiembre de 1967, publicado con el título *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*, diferenciaba el sistema de partido único soviético, atribuible a circunstancias históricas, de un futuro modelo de socialismo en Europa occidental, que adoptaría probablemente «la forma de una ampliación de la democracia». No se trataba de una ruptura con lo que el sistema del socialismo real representaba, sino de la constatación más o menos sutil de las «deformaciones» generadas y la convicción de que actuar políticamente en un contexto de capitalismo desarrollado y democracia parlamentaria requería buscar nuevos caminos que otorgaran credibilidad a la propuesta comunista; tal como apuntaba Carrillo, al universalizar las formas que el Estado socialista había tomado en la URSS por ra-

zones históricas concretas, «dejábamos a nuestros adversarios el beneficio de las libertades políticas frente al socialismo»^[63].

La herencia de Octubre estaba en el ADN de los partidos comunistas, pero las diferencias entre el impulso emancipador que alentó y las contradictorias realizaciones del «socialismo real» lastraban irremediablemente la posibilidad de trasplantar el modelo al contexto europeo occidental. En el fondo, aunque más tardía y tímidamente, lo que se estaba planteando en el PCE en 1967 no resultaba esencialmente diferente de aquello que, según Rossana Rossanda, pensaba Togliatti, y que, para los comunistas occidentales, el XX Congreso había comenzado a alumbrar: «pienso que Togliatti tenía esperanzas en una URSS fuerte, pero *algo alejada*, a cuya fuerza estratégica cabía acogerse, pero para hacer *algo completamente distinto* de las democracias populares»^[64].

62.- «La posición de nuestro Partido ante los problemas del movimiento comunista internacional», 1967, Documentos PCE, carpeta 48, AHPCE. «Carta de Carrillo por el C.E. del PCE (junio 1966) a los Partidos comunistas y obreros de los países capitalistas de Europa participantes en la Conferencia de Viena (9 a 11 de mayo)», Relaciones Internacionales, J. 248, AHPCE.

63.- Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*, París, Éditions Sociales, 1967, pp. 141-155. F. Erice, «Santiago Carrillo», pp. 50-51. J. Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica*, pp. 119-122.

64.- R. Rossanda, *La muchacha*, p. 189. Las cursivas son mías.